

Si Luz Casanova entrara por la puerta

un texto de Emilio Encabo Lucini

1. Zaguán

La gente está esperando.

De repente aparece LUZ.

A veces habla para sí misma y otras directamente a diferentes personas reales de las que están ahí.

LUZ

No. No. No lo tengo claro. ¿Y si no es? ¿Y si este no es el edificio adecuado? ¿Y si estamos cometiendo un error? Es demasiado grande, demasiado ostentoso y el barrio... Este barrio es demasiado rico. Desde aquí ¿cómo vamos a poder escuchar el murmullo de los pobres?

Yo que siempre he ido allí donde estaban, yo que siempre he huido de mi condición social, de los medios acomodados, de las convenciones para poder ayudarles. No sé si funcionará. Ya tuve problemas cuando empecé en un barrio así. El vecindario no paraba de quejarse. Les molestaba nuestra obra. Les molestaban las personas sin recursos ¿Y si aquí sucede lo mismo?

Así estaba yo, Luz Casanova, fundadora de la congregación de las Damas Apostólicas, llena de dudas, ese día de febrero de 1946 cuando vi por primera vez este edificio. Yo tenía 74 años y ya estaba muy débil. No lo sabía, pero sólo me quedaban dos años de vida. Mis compañeras no me habían dejado viajar en tercera clase como hacia siempre y me habían obligado a viajar en coche-cama temerosas de que el viaje acabara conmigo. Igual era una temeridad, pero yo sabía que el Señor estaba conmigo y tenía que ver esto con mis propios ojos, era una decisión demasiado importante. Nos hacía mucha ilusión venir aquí a Bilbao a extender nuestra obra, a ayudar a la gente que nos necesitaba. Había tanto por hacer en tantos sitios.

Y de momento todo iba bien. Habíamos conseguido el permiso del Prelado, algo muy difícil en esa época y teníamos una posible casa, algo que también era muy complicado de conseguir. Una casa donde quedarnos, donde empezar a ayudar, donde dar alimento, donde curar, donde acompañar.

Y además había que decidirse rápido porque era un edificio muy codiciado. Al poco de comprarlo nos ofrecían más del doble por él.

Pero hubo algo, un signo. Una cosa que nos ayudó a decidirnos. A veces, son cosas pequeñas las que acaban de hacer bascular el destino. En el tercer piso había una capilla con un precioso altar y su sagrario. El Señor ya estaba en la casa y para nosotras era muy importante tenerlo cerca para que nos diera fuerzas.

Y dijimos que sí, que la queríamos, que ya veríamos la manera de acercar la casa a la gente con menos recursos pero que había que ponerse manos a la obra.

Ahora no queda nada de la capilla. Tampoco queda ninguna de mis hermanas, pero la obra sigue. Es asombroso cómo ha ido cambiando este edificio desde el principio (extiende un plano) y ahora me han dicho que va a volver a cambiar. Es como si la energía y la voluntad que pusimos nosotras al llegar hace 77 años hubiera impregnado sus cimientos, haciéndolo crecer y crecer como si fuera un ser vivo: atento a las necesidades de cada tiempo, a los nuevos desafíos, a las crisis y los cambios. Tengo aquí todos los planos. Lo primero que hicimos nosotras fue modificarlo para hacer un Albergue para mujeres niñas y niños, un comedor de caridad y un consultorio médico. Y desde entonces no ha parado de cambiar, es increíble. Igual que toda la gente que ha pasado. Todos los que han puesto aquí su granito de arena.

Es raro, cambian los edificios, cambia la gente, las organizaciones, pero hay algo que no cambia. Algo que no desaparece por más que nos esforcemos: la pobreza, la gente necesitada y supongo que mientras existan edificios como este tendrán que seguir existiendo.

Pero vamos a empezar. No tengo mucho tiempo antes de volver a desaparecer y quiero verlo todo. Pero, por dónde comenzar, hay tanto, es como un pequeño laberinto. Esperad ¿no lo oléis? Huele a comida. Alguien está cocinando.

Tiene que ser aquí, detrás de esa puerta. Vamos. Me hace una ilusión tremenda entrar. ¡Quién me iba a decir a mí que ese chalet de clase alta medio abandonado acabaría convirtiéndose en algo como esto! Ahí vamos.

(Abre la puerta)

2. Comedor/Cocina

LUZ

Mmm ¡Qué rico! Un guiso a fuego lento. Sin prisa. Dejando que el tiempo y el calor vayan haciendo su trabajo, que vayan poco a poco volviendo los alimentos más tiernos y el caldo más y más sabroso. Me gusta imaginar que hay un fuego que no se apaga nunca y sobre él una olla y gente a su alrededor preparando comida para los que no tienen. Un fuego que no se apagará hasta el día que no quede nadie hambriento en ningún rincón del mundo. ¿Lo conseguiremos? ¿Quién sabe? pero por mí que no quede. Por nosotras que no quede.

Desde el principio hemos luchado por que todo el mundo tuviera una comida digna. Lo primero que se inauguró en este edificio fue el comedor junto al albergue y el dispensario. Comedor de caridad lo llamábamos y aquí dábamos de comer a la gente necesitada. Pero no nos quedamos ahí, porque nosotras siempre estábamos atentas a los cambios, a lo que sucedía en la ciudad y vimos que había muchos obreros que venían a las fábricas desde muy lejos, desde Galicia, desde Extremadura, desde Castilla. Llegaban con lo puesto y tardaban su tiempo en establecerse, así que montamos para ellos un comedor: pagaban 5 pesetas por la comida y una por el vino. Porque entonces todos tenían siempre a mano una copita de vino. Eran otros tiempos. Tiempos en los que Bilbao no paraba de crecer, y crecer. De pronto decidieron desviar la ría y llamaron a muchísimos más trabajadores que había que alimentar y, en cuanto nos dimos cuenta, allá que nos fuimos a montar un comedor para ellos. Porque este edificio era nuestro centro, nuestra base de operaciones que dirían los estrategas, pero nosotras no parábamos de salir, de ir a los barrios dónde más nos necesitaban, de cuidar a las personas enfermas. Hasta nos ocupábamos de una residencia para marineros que no tenían donde quedarse entre barco y barco... No nos quedábamos aquí esperando a que las cosas sucedieran.

Hacíamos tanto. Pero ¿eh? No creáis que lo hacíamos todo solas. Hubiera sido imposible. Nosotras nunca estábamos solas, esa era nuestra fuerza. Mucha gente nos ayudaba, nos daba cosas, nos acompañaba, compartía nuestra misión. No ha pasado un día sin que una persona voluntaria haya estado aquí ayudando a los demás. (*LUZ coge una cuchara y la mueve en el aire*) Tantas personas pasándose el testigo. Algunas veces estuvo a punto de caerse, otras parecía que no había nadie que fuera a recogerlo, pero al final ha ido pasando de mano en mano hasta llegar a este día. Os imagináis esas manos, manos de hace un siglo, manos de ahora, manos llenas de estrías y arrugas que han visto muchas cosas, manos jóvenes con ganas de cambiar el mundo. Damas, auxiliares, voluntarias, luego Caritas, Caritas con Gltza, Proyecto Hombre, la EDE.... y las que vendrán.

Nosotras nunca hemos querido el protagonismo. Hay gente estos años que ha estado trabajando en el edificio mientras nosotras todavía vivíamos aquí y que nunca nos ha visto (*se ríe*) como si fuéramos invisibles. Como si fuéramos hadas mágicas jajaja. Nosotras siempre hemos ido cediendo los espacios a la gente que estaba más preparada para gestionarlos. Nosotras solo queríamos hacer, hacer y hacer. Así, el comedor de caridad se transformó en un comedor social

y ahora me dicen que se va a convertir en un restaurante como los del barrio en el que cualquiera podrá comer y en el que nadie sabrá quién tiene y quién no tiene para pagarse la comida.

Lo que empezó siendo caridad se ha convertido en justicia social y además del comedor y la pensión, de la mano de Cáritas se abrió, a ver (*mira el plano*) Si, si... ¡Ay que pena! Hay gente trabajando y no podemos verlo. Hay un centro de día en el que la gente sin hogar podía estar tranquila, ver la televisión, jugar al parchís o apuntarse a talleres de yoga y hasta hacer artes marciales, Dios mío. Ya me hubiera gustado a mí hacer artes marciales.

Ahora es un centro de formación y están dando clase. Lo que os he dicho antes, este edificio está vivo. No para de cambiar. Ojalá pudiera volver dentro de unos años y ver este comedor otra vez lleno de vida. Pero ahora tenemos que aprovechar, tenemos que seguir... (*Mirando el mapa*) ¡Oh sí! Aquí a uno de mis lugares favoritos. Pero antes voy a dejar aquí esta cuchara preparada porque seguro que alguien no tarda en cogerla.

3. Tendedero

LUZ entra en el tendedero. Hay sábanas y ropa tendida. Ella la huele, tal vez le de la vuelta o estire una sábana que no está bien tendida.

LUZ

Parezco una niña pequeña oliéndolo todo, tocándolo todo. Me hace ilusión, me hace ilusión volver aquí y sentir todas estas cosas. Y el olor a ropa limpia siempre me ha fascinado. *(Cambiando de tono)* No os confundáis, a mí los olores desagradables no me asustan. He estado en sitios en los que apenas se podía respirar, sitios en los que la suciedad salía por todas partes y era imposible no mancharse las manos. Pero de eso se trataba ¿no? de mancharse las manos. Y sin embargo el olor a limpio me encanta, es como si al lavar las cosas y dejar que el agua se lleve la suciedad, la ropa volviera a nacer, volviera a estar nueva. La ropa, las sábanas, las personas. Es bonito poder renacer, tener una segunda oportunidad. Para mí eso simboliza el olor a sábanas secándose con el viento y el sol, la posibilidad de una nueva oportunidad.

Antes había muchos más tendederos allí arriba, en la azotea. Han ido desapareciendo, pero queda este. ¿Me preguntó si seguirá aquí dentro de unos años o ya no? A ver *(Mira los planos. Descubre algo)* Mirad. Allí, *(señalando)* justo abajo, detrás de unas oficinas, sigue estando la lavandería con las lavadoras y el detergente. Antes todo eso había que hacerlo a mano. ¿Os lo imagináis? Frotar y frotar *(se ríe)*, pero era importante, había que hacerlo. Somos así, nos fijamos en esas cosas cuando nos cruzamos con la gente, en cómo huelen, en si tienen manchas, en cómo está su ropa. No sabemos lo que les ha pasado a esas personas, no sabemos cómo son, ni cómo están, pero si huelen mal si están sucias nos apartamos, es así. Y es injusto.

Las sábanas eran de la residencia. Nuestro primer proyecto. No había nada igual en Bilbao. Una residencia para mujeres niñas y niños que venían de los pueblos, de los caseríos, a trabajar o a estudiar y que aquí podían seguir conservando ese ambiente cálido, ese ambiente casi familiar que es tan importante. La residencia fue un éxito,

siempre estaba llena y se fue ampliando. Luego empezaron a quedarse las familias de los obreros que venían a trabajar y se casaban aquí mismo y le hacíamos el banquete y tardaban un poco siempre en encontrar una casa. También un poco más tarde hicimos una residencia para los chicos que venían a estudiar o a trabajar y hasta, cuando nos lo pidió el obispo montamos una residencia para los sacerdotes.

Cuánta gente diferente durmiendo bajo un mismo techo ¿verdad?: Sacerdotes, jóvenes obreros estudiantes universitarias, recién casados, y nosotras claro y la gente que se quedaba a turnos cuidándolo todo. No me quiero ni imaginar todas las cosas que sucedían, todos los encuentros, las conversaciones, las bromas, las peleas, las despedidas. Tanta vida.

Poco a poco, la residencia fue cambiando, cerraron partes, nosotras nos fuimos a Uretamendi, y las habitaciones cambiaron de objetivo y fueron para la gente sin hogar, de la mano de Cáritas y su programa Giltza. Me alegra mucho saber que la gente sin hogar ha podido encontrar un techo aquí, me alegre y me entristece porque no creíamos que a estas alturas seguiría pasando. Por lo que pone aquí, todavía vive gente, parece ser que hay algunos jóvenes inmigrantes no acompañados, así que vamos ir con mucho cuidado porque quiero que veáis como son esas habitaciones, porque casi no han cambiado, son iguales que las celdas en las que dormíamos nosotras: austeras con solo lo necesario. Seguidme con cuidado.

LUZ lleva a la gente a una de las habitaciones y van entrando por turnos a verla.

4. Terraza

Cuando acaba todo el mundo de pasar por la habitación, LUZ los reúne en una de las salas que hay al final del pasillo, junto a las habitaciones y les dice:

LUZ

Ahora os voy a contar una historia un poco diferente de las que hemos visto hasta ahora, una historia que yo no llegué a conocer y para ello vamos a ir a un espacio muy especial, un espacio que me gusta mucho. Seguidme.

LUZ les quiere llevar a la terraza que es un espacio muy chulo pero en vez de eso se pierde y les lleva a otro sitio. El trayecto exacto de cómo se pierde lo veremos con Romina, pero será sencillo y yo creo que a la gente le hará gracia deambular un poco perdida abriendo puertas.

Así que LUZ avanza hasta llegar a la puerta del baño trastero en el que había muebles viejos.

LUZ

Entrad y veréis, un poco de aire fresco nos vendrá bien.

La gente entra y se asombrará al ver todos los muebles y el espacio, ya que casi no cabrán en él.

LUZ de repente entra.

LUZ

Uy. ¿Pero esto qué es? Lo siento, creo que me he equivocado de puerta. Esto, esto no era lo que quería enseñaros. Esto no sé ni lo que es. Muebles viejos, que se van a tirar, seguro. *(Pausa, ella mira los objetos interesada)* A saber lo que habrán visto. Ellos sí que podrían contar historias, historias mucho más originales que las mías, mucho más reales. Es gracioso. Hemos hablado mucho del edificio, de todo lo que ha sucedido en él, de cómo ha ido cambiando, pero no hemos hablado casi de los objetos. Y un edificio sin objetos, sin muebles, sin platos, ni lámparas sería inhabitable. Podríamos reconstruir la vida de esta casa siguiendo la pista de los objetos que había en cada habitación, desde los primeros colchones que nos regalaron y las sillas y la vajilla, porque aquí no había nada en condiciones. Hasta los ordenadores esos que hay ahora supermodernos y esas sillas anatómicas en las que a una ya no le duele la espalda y las máquinas que te dan comida y otras que yo no sé ni para que sirven y que acabarán algún día apiladas como estás... Pero es así, es lo que hay. No se puede acumular y acumular. Hace falta espacio para lo nuevo.

Esto no era lo que veníamos a ver. Pero es lo que tiene un edificio en el que han pasado tantas cosas, que aunque te extravíes, siempre encuentras alguna historia (*mirando el mapa*) Ah ya veo, tiene que ser la puerta de al lado.

LUZ sale abre la puerta de al lado. Aquí improvisa Juana según lo que haya al lado de esa puerta.

Después de abrir unas cuantas puertas se rinde.

LUZ

Lo siento. Creo que me he perdido. Los fantasmas no somos infalibles, ya veis. (*LUZ se acerca a Romina o a la persona que esté acompañando a la visita*) Perdona, tú tienes pinta de saber dónde estamos ¿no? (*Ella asiente o dice sí. LUZ le enseña el mapa*) Me gustaría ir aquí ¿Te importa llevarnos?

Ella dice “claro” o lo que le nazca y les lleva. Llegan a la terraza.

LUZ

¡¡Síiii!! Aquí era donde quería yo llegar. Muchísimas gracias, maja. Me encantan las terrazas. Me gustan porque estás a la vez dentro y fuera de casa y eso a veces es algo muy importante. Sobre todo si por alguna razón no puedes salir, si tienes que estar aislado por alguna razón. Es algo que ya sé que habéis vivido hace poco y que seguro que os acerca a la historia que os voy a contar. Si no os importa, me voy a sentar un momento, que tantas escaleras le matan a una. Podríamos utilizar el ascensor, pero no cabríamos y además me han llegado historias muy extrañas sobre este ascensor. Por lo visto se conectaba solo, a cualquier hora: de repente, se ponía en marcha y cuando la puerta se abría no había nadie. La gente joven que vivían aquí decía que tal vez era el fantasma de alguna monja o de algún jesuita y les entraba pánico, como si los fantasmas no tuviéramos otra cosa que hacer que subir y bajar en ascensor.

Coge una tetera que hay y se pone un poco de té en una taza.

Habría que valorar que haya sillas también en la terraza para gente de la visita, sino para todos para algunos porque seguro que hay gente mayor que lo agradece.

LUZ

Estaba completamente perdida. No tenía ni idea de dónde estaba y eso que tenía un mapa. Pero bueno, no hay que avergonzarse, todo el mundo se pierde, en un edificio, en una ciudad desconocida y en la vida ¿no? porque la vida es como una ciudad desconocida que no para de cambiar y en la que ningún mapa sirve mucho tiempo. Lo importante es que haya alguien que te eche una mano, alguien al que puedas acudir y que te muestre un poco la dirección, después llegar es cosa tuya. Hace años, hace ya ¿Cuántos? ¿Cuarenta años? apareció un nuevo mal que pilló a todo el mundo por sorpresa. Habíamos combatido el hambre, la pobreza, la enfermedad, ayudado a gente que llegaba sin nada, gente que perdían el trabajo y la casa pero esto era diferente. De pronto, la gente se enganchaba a drogas que hacían que ya no pudieran vivir una vida normal y perdieran todo lo que tenían. Se perdían completamente y no se parecía a nada de lo que habíamos conocido, porque a bastantes no les faltaba la familia ni el dinero ni una casa.

Es una historia muy triste, pero a la vez muestra muy bien cómo este edificio ha ido adaptándose a cada momento para ayudar a los que lo necesitaban. Cuando se instaló aquí Proyecto Hombre para hacer frente a ese mal, en el año 87 esta parte del edificio había sido una residencia de Jesuitas mayores y lo que se necesitaba era un espacio completo con habitaciones para las chicas y para los chicos, comedor, cocina y salas donde los jóvenes podían vivir en comunidad mientras luchaban con su adicción. Así que se tiraron paredes, se cambiaron muebles y se preparó todo el espacio para luchar contra ese mal. Esas habitaciones por las que hemos pasado antes eran las suyas. Durante años el espacio silencioso en el que los Jesuitas vivían tranquilos se convirtió en un hervidero de chicas y chicos. Casi cien personas cada día entre los que dormían y los que venían a pasar el día, enfermos y terapeutas. Coincidió con una residencia femenina de universitarias y cuentan que se comunicaban de ventana a ventana con ellas y que se hizo más de una fiesta.

He venido a esta terraza porque me han contado que la gente joven pasaba mucho tiempo aquí mirando la calle, a ese mundo al que algún día esperaban volver para vivir de otra manera y que algunos se convirtieron en verdaderos vigilantes que alertaban cuando veían a alguien intentar robar en un coche.

¡Cómo es la gente joven! Por muy mal que esté no deja de ser medio adulta y medio niña con ganas de divertirse y de encontrar amigas y amigos y amor y de encontrar su camino.

Yo encontré el mío y no fue fácil, pero estoy muy feliz de haberlo recorrido y de recorrer esta parte con vosotras.

Y ahora, se acabó el descanso, que todavía nos queda mucho por hacer.

5. La EDE

Estamos en el primer piso de la EDE

LUZ

(Mirando al mapa y a lo que tiene a su alrededor)

A ver, a ver dónde estamos ahora. Espero no haberme perdido otra vez.

(Se acerca a la puerta donde pone su nombre) Luz Casanova, esa soy yo. *(Lee lo que pone en euskera)*. Es extraño ver tu vida escrita en una puerta y además en un idioma que no entiendes. ¿Verdad? No me lo esperaba. Me da un poco de vergüenza. Me da un poco de vergüenza, pero a la vez es un honor poder compartirlo con todas las mujeres que están en las diferentes salas *(Ella lee en el mapa o dice algunos nombres de las salas)*. Porque esas mujeres y yo seguro que tenemos algo en común, aunque hayamos vivido en épocas y en lugares diferentes y yo creo que sé lo que es. Es el carisma. Ese don especial que nos ha sido dado y con el que servimos a la comunidad. Esa inspiración que nos empuja a ayudar al prójimo y a construir una sociedad más justa. En mi caso mi carisma me empujó a renunciar a todos los privilegios y a utilizar todo lo que tenía para ayudar a las personas sin recursos. Y yo creo que ese carisma desde el día que entré aquí no ha desaparecido nunca del edificio, que es ese mismo carisma el que bajo diferentes formas ha ido impulsando las iniciativas que se han ido sucediendo. Cada una con su nombre, su gente, sus objetivos, pero con el mismo carisma.

11

Será por eso que desde el principio hubo muy buena sintonía entre nosotras y la gente de la Fundación EDE. Cuando llegaron a finales de los ochenta, gracias a las gestiones de su primer director, Pedro Fernandez ocuparon una parte pequeña de este piso. Era una iniciativa muy diferente a las demás porque lo que hacían no era dar de comer, ni dar un techo, ni curar, sino formar. Formar sobre todo a gente joven: formar a monitores y monitoras que a su vez formarían a más jóvenes, les ayudarían a organizar sus

actividades de ocio, con valores, con respeto, a formar un voluntariado parecido a esas voluntarias que nos han acompañado a nosotras en nuestro camino. Fueron pioneros en formar a gente que trabajara en todos los ámbitos de la marginación. ¿Y qué es formar sino transmitir a la gente tu carisma, despertar el suyo? Y, como el carisma es imparable cuando se pone en acción, pasaron de ser un pequeño grupo de diez personas a ser casi 80, de una pequeña ala de este piso poco a poco pasaron a extenderse por todas las plantas a medida que iban ampliando sus actividades. Empezaron formando y hoy en día hay un área de empleo inclusivo, una parte de conocimiento donde investigan en todos los ámbitos sociales, un área de intervención con mujeres que sufren la violencia machista que se extiende incluso a Madrid, programas con temas de infancia, adolescencia, juventud, una empresa de inserción para conseguir que la gente con más dificultades encuentre un trabajo, gente como las mujeres en situación de vulnerabilidad, todo en una multitud de proyectos en colaboración con otros colectivos e instituciones. Porque ese ha sido también siempre nuestro carisma: no aislarnos, no estar solas, no quedarnos en el edificio sino ir desde aquí allí donde podíamos hacer algo bueno.

Y en el futuro quién sabe, todavía tenemos que esperar un poco para saberlo. Pero me gusta que siga aquí mi nombre en esta puerta. No por orgullo, no, eso nunca me ha importado y ahora que estoy muerta mucho menos sino porque así cuando alguien lo lea y pregunté quién fui, quizás le cuenten la historia de como sucedió todo y como un chalet de la burguesía de principio del siglo pasado acabó convertido en un edificio en el que se ayudaba a la gente incondicionalmente.

Creo que ha llegado la hora de despedirnos, pero tengo una última sorpresa para todos vosotros y vosotras.

6. El Patio

LUZ camina hasta el patio. Sube al pequeño escenario que hay en uno de los lados.

LUZ

Todos los edificios deberían tener un patio ¿no os parece? Un geiser de luz y de aire fresco en medio de casa. Un punto de encuentro para las personas que cruzan, para las que entran y salen para las que quieren descansar un rato antes de seguir con su tarea, para las que se toman un momento antes de volver a casa para hacer balance de lo que han vivido o hoy en día con el móvil, hacen una llamada o envían unos mensajes a casa, a sus seres queridos. Un punto de encuentro informal, sin reglas precisas. Cuentan que, antes, cuando se podía fumar, la gente salía aquí a fumar: había quién daba fuego, quién pedían un pitillo y con ese pequeño gesto empezaban a veces conversaciones que solo se podían dar aquí, confesiones que no podían suceder en despachos, ni en salas de reuniones, ni en aulas.

¡A saber todo lo que se habrá contado aquí, entre reunión y reunión, entre clase y clase, entre horas!

Sería bonito poder ver en el suelo las huellas de todos los pasos que se han dado en este suelo ¿Os lo imagináis? (*LUZ camina por el espacio de diferentes maneras*)

Sería como un tapiz gigante enhebrado por mil hilos diferentes, por miles de historias, más que en las mil y una noches, seguro. Pasos valientes, pasos asustados, pasos que apenas podían avanzar sin temblar, pasos de gente bailando en una fiesta, pasos que se acercaban a otros pasos, pasos que tomaban decisiones importantes o simplemente hacían tiempo. Pasos desde hace casi cien años, desde que llegamos nosotras hasta ahora, que todos vuestros pasos han venido a unirse a nuestra historia, porque todas vosotras formáis, ahora, aunque sea una pequeña parte del tapiz invisible de este patio. Un tapiz que empezó a tejerse una mañana de febrero de 1947 y que ojalá no se acabe hasta que un edificio como este no sea necesario, porque ya nadie tenga que recurrir a él.

Juana desmonta el personaje y vuelve a ser ella, dejando de ser LUZ.

JUANA

Bueno, yo no soy Luz Casanova evidentemente. Me llamo Juana Lor, soy actriz y ha sido un placer tremendo meterme un poquito en la piel de esta mujer tan increíble y formar parte de este tapiz infinito de pasos que ella comenzó hace tantos años. Supongo que se nos habrán quedado muchas historias fuera, muchos momentos que igual para algunas

de vosotras son importantes, pero ¿cómo recorrer casi cien años en media hora? Solo la mente puede hacerlo y espero que vuestras mentes mientras recorríamos este humilde trayecto hayan volado un poquito a través de los años hayan ido más lejos de lo que han ido nuestros cuerpos.

Solo espero que hayamos logrado ser fieles al espíritu de Luz y al de este edificio que va a volver a mudar de piel en solo unos meses como si fuera un ser vivo.

Luz Casanova. Un día de repente estaba preparando el texto y caí en lo que significaba su nombre. Es curioso porque llevaba meses oyéndolo y no había caído. Luz y el apellido Casanueva. Como si estuviera predestinada a crear una casa nueva y a llenarla de luz. Igual os parece una tontería, pero a mí me gustó. Me la imaginé caminando y llenando de luz las casas que reconstruía para ayudar a la gente. Con una luz que sólo podía ser la esperanza.

Y ahora os dejo con Romina del equipo de comunicación de EDE Fundazioa, que os va a dar un pequeño recuerdo, un recuerdo del futuro.

¡Hasta pronto!

FIN

Larrabetzu Abril de 2023

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'S. Duabo', with a horizontal line underneath.